

==== Capítulo XXI ====

La idea de Devorador era buena: ir en busca de respuestas. Simple, acertada.

Pero era mucho más complicado de lo que había pensado.

Yo creí que simplemente tendría que echar a andar y encontrar la frontera de Kinaro, cruzarla... En fin, que no habría altercados.

Los hubo, claro que los hubo.

Vale, admito que al principio no fui muy discreto. ¿Qué iba a saber yo de discreción? Solo estaba viajando con mis marionetas.

Supongo que lo primero que debió hacerme desconfiar de mis métodos fue a pocas horas de partir, dejando atrás la finca y todo lo que significaba. El caballo tiraba del carro donde Devorador descansaba, y yo caminaba al lado, queriendo estirar las piernas, mientras el resto de marionetas nos rodeaban, protectoras.

En el camino nos cruzamos con una mujer; no estoy seguro de si era una esclava, o una criada. Desde luego no era un ama.

Nos vio y se apartó para dejar pasar a la comitiva, imagino. Entonces supongo que se fijó más, echó a gritar y se fue corriendo.

Sí, supongo que muchas de mis marionetas podían tener ese efecto. La mayoría mostraban las heridas mortales que las habían convertido en mis pertenencias, y las más antiguas tenían claros signos de descomposición. No me había molestado en vestir las demasiado bien, de modo que iban sucias, desarregladas y, bueno, mortalmente heridas.

A mí no me parecía que fuera para tanto, pero por lo visto a la gente de aquel patético reino de mentes débiles sí.

Lo que realmente me molestó fue cuando, un rato después, una docena de hombres armados con hoces y horcas aparecieron corriendo y profiriendo maldiciones y amenazas contra nosotros.

Supongo que tengo que admitirlo. En aquel momento, estúpido de mí, tuve mucho

~ 1 ~

miedo. Recordaba muy bien la ira de las personas; recordaba cómo cogían a sus esclavos, los ataban y lo azotaban por cualquier infracción.

No conocía mi infracción, pero el pánico se apoderó de mí. Con un gemido me encogí contra el carro, queriendo desaparecer...

Y, supongo que lo ordené sin querer, de pronto todas las marionetas comenzaron a gritar, rugir y sacudir brazos y piernas como si estuvieran poseídas.

Un espectáculo algo espeluznante, debo confesar, todos esos rostros sin emociones profiriendo chillidos y dando manotazos hacia el enemigo.

Funcionó, al menos, porque los humanos se detuvieron con miedo. Al menos la mitad echaron a correr.

No estoy muy seguro de cómo fue aquello. Yo quería que se alejaran de mí, y las marionetas siguieron gritando y sacudiéndose hacia los pocos enemigos que quedaban. Los golpearon, creo, más como si fueran las aspas de un molino que como guerreros, pero al final el resto también desapareció.

Se han ido, se han ido, se han ido...

Con temor alcé la cabeza y miré alrededor. Marionetas inmóviles, a la espera, y Devorador acurrucado en el carro, sacando a relucir conceptos de calma en mi cabeza.

Me sentí como un crío estúpido y sin orgullo. Y tenía orgullo, maldición.

No era un esclavo humilde, era el maldito señor de la muerte.

Mientras seguía mi camino trataba de pasar desapercibido. En fin, cuando las marcas de la muerte eran demasiado obvias —piel demasiado cetrina, heridas, putrefacción, miembros que se caían— dejaba las marionetas afectadas y me hacía con otras.

Por lo visto, el reguero de muerte que dejaba a mi paso era igual de llamativo que mi comitiva.

Los vivos nos acosaban todo el tiempo. Venían con armas, fuego, gritos y maldiciones. Venían esclavos, siervos e incluso, a veces, también amos para dirigir los esfuerzos.

La verdad es que en algunas ocasiones fue bastante difícil librarse de sus molestos intentos por derrotarnos. ¡Yo solo quería llegar a la frontera, maldición! ¿Por qué

seguían viniendo? No lo entendía. Bueno, qué diablos, tampoco lo entiendo ahora. No quería molestar a nadie, así que, ¿por qué?

Solo quería seguir mi maldito camino. Si no hubiera sido por ellos, que nos obligaban a cambiar de ruta, que nos obligaban a escondernos durante días mientras nos reponíamos, me libraba de las marionetas viejas y me hacía con algunas nuevas y frescas... Si no fuera por todo eso, habría llegado muchísimo antes.

Pero no, claro, tuvieron que acosarnos y perseguirnos durante semanas, ¡meses! Tanto que cuando por fin supe que había cruzado la frontera —y, vale, me costó un poco— tenía doce años, nada menos.

Tanto tiempo libre, tanto tiempo cazado por los amos que querían volver a apresarme... Desagraciados.

Bueno, no es que hubiera una señal ni nada. «Bienvenidos a Traykelian». Qué ridiculez. No.

Pero cuando en las montañas se abatió sobre nosotros una tormenta de nieve tuve muy claro que ya no estábamos en la tierra de los esclavos, donde siempre hacía calor y la nieve era un mito de reinos lejanos.

Habíamos llegado.

Sentí una súbita emoción al darme cuenta de que pisaba la tierra de mi tonta madre. Estaba allí por fin; todo sería más fácil a partir de entonces, ¿no? Tenía que serlo. Ya no había esclavistas ni amos ni siervos, solo las buenas gentes de Traykelian.

¡Ja! ¡Ja, y otra vez, JA!

Doce años. Ya debería ser un poco más inteligente a los doce años, ¿no?

Pero seguía siendo un estúpido, un iluso y un ingenuo. Demonios, cómo se puede ser tan idiota.

Bueno, estaba en Traykelian, pues qué bien. Estaba en las montañas, nevaba cada vez más y el frío era fuerte y helado.

En seguida me di cuenta de que me estaba congelando.

—Necesitamos refugio... —musité mientras me abrazaba a mí mismo.

¿Por qué, por qué?

Miré a Devorador, sin comprender cómo seguía tan fresco. Bueno, ¡si se le estaba

escarchando el limo!

—¡Hace frío! —exclamé, tiritando.

Tardó un poco en responder.

Yo no. No frío. No mortal, no material, entre dos mundos. No frío, no calor, no sueño... Solo hambre.

Sacudí la cabeza y me soplé las manos. Hacía unos minutos había intentado abrazarme a una marioneta. Me aparté en seguida. Estaba igual de fría que la maldita nieve que se le acumulaba en los hombros.

—Ahora mismo te envidio —mascullé.

Me acurruqué contra la rueda del carro, buscando un rincón donde el viento gélido no me alcanzara. No me notaba los dedos ni tampoco los pies.

«Refugio, tengo que encontrar refugio», pensé.

Fruncí el ceño y me concentré, enviando a las marionetas a encontrar algo. Les di instrucciones precisas de encontrar una cabaña, una cueva o una madriguera lo bastante grande para mí, por lo menos.

No me fiaba demasiado del éxito, así que seguí los pasos de tantas como pude, hasta que después de un tiempo que se me hizo angustiosamente largo una de las últimas adquisiciones vio una cabaña por cuya chimenea salía el humo de un buen fuego.

Vaya, el paraíso, en aquellas circunstancias.

Había aprendido la lección, claro. Los vivos no respondían muy bien a los muertos, que digamos. Qué tontería, si eran inofensivos... si yo quería.

—D—Devora—ador... —Tartamudeaba por el frío, tiritando bajo las muchas capas y mantas que llevaba encima—. T—tendrá—ás que qued—darte aquí...

Un asentimiento. O lo sabía, o no le importaba.

Me sentí tentado de tocarlo, hacerle una caricia por lo menos, pero me sentía... Bueno, mal. Muy mal. Y tocar su veneno solo me habría hecho empeorar.

Vale, confieso que tenía miedo de morir congelado allí, en las montañas de Traykelian, antes de responder a todas mis preguntas.

El viento empezó a soplar más fuerte. Notaba que hasta las entrañas me

temblaban, maldición. En la vida había tenido tanto frío.

Me levanté, aunque me costó unos cuantos intentos. No me sentía los pies y tenía las piernas como si fueran de gelatina.

Traté de enfocarme en la cabaña, que seguía viendo a través de los ojos de la marioneta.

—V-volver-ré —musité.

Devorador lo sabía. No tenía miedo de que lo abandonara.

Era como si supiera que yo jamás le fallaría. Y yo pensaba... No, pienso lo mismo. Nunca me dará la espalda, nunca me traicionará.

Él es yo... y yo soy él. Uno no puede traicionarse a sí mismo.

En fin, seguí el hilo con la marioneta. Dejé a la mayoría atrás, desde luego, aunque me llevé tres o cuatro para protección.

No fue necesario, la verdad. No había animales salvajes en el camino. Debían estar huyendo del frío, lo que sería muy inteligente por su parte.

Pronto vi la cabaña, cobijada contra unas inmensas rocas. Vi la luz con mis propios ojos. ¡Bendita luz, salida de un fuego ardiente! Quería ese fuego bien cerca, calentándome hasta los malditos huesos.

Entonces tropecé con un montón de nieve y caí al suelo.

Pensé... Pensé que no iba a levantarme de nuevo.

Estaba helado y empapado. Y helado otra vez.

Notaba los gritos, algo así, de Devorador, que me llamaba con miedo. Miedo por mí. Mi pequeño Devorador...

Oí una puerta que se abría, y mientras el mundo se volvía negro puedo jurar que oí una voz aterrada que decía «Tú...».

Luego me desmayé.